



La Moncloa

Discurso del presidente del Gobierno en la apertura del curso académico en el Colegio de Europa

Brujas, jueves, 23 de octubre de 2014

Excelentísimo alcalde de la ciudad de Brujas, excelentísimo rector del Colegio de Europa, excelentísimo presidente del Consejo de Administración del Colegio de Europa y secretario de Estado para la Unión Europea del Reino de España, queridas amigas y amigos,

Quiero que mis primeras palabras sean de agradecimiento al presidente del Consejo de Administración y al Rector por invitarme a participar en la apertura del curso 2014-2015 del Colegio de Europa. Basta repasar la lista de quienes me han precedido a lo largo de las 64 ediciones anteriores para comprender, en toda su dimensión, el honor que me han concedido al permitirme intervenir ante esta institución.

Permítanme un comentario personal: para mí tiene un especial significado mi presencia en este Colegio de Europa porque fue fundado por un paisano mío, don Salvador de Madariaga. Hace más de seis décadas, Madariaga, que fue al mismo tiempo marcadamente gallego, profundamente español y apasionadamente europeo, tuvo una lúcida intuición: Si bien la Unión Aduanera o el Mercado Interior eran piezas muy importantes en aquel proyecto que comenzaba a dar sus primeros balbuceos tras el Congreso de La Haya y la Declaración Schuman, las personas eran el activo capital de la construcción europea.

Madariaga proclamó --y utilizo sus propias palabras-- que "Europa no será una realidad hasta que lo sea en la conciencia de sus ciudadanos". Era, por tanto, necesario unir a las personas y ponerlas a trabajar juntas con un objetivo común. Exactamente la misma filosofía con que ha venido desarrollando su labor el Colegio de Europa, tanto en Brujas como en Natolin, desde hace sesenta y cinco años.

Queridos amigos,

Esta sexagésimo quinta promoción del Colegio de Europa lleva el nombre de dos jueces italianos, Giovanni Falcone y Paolo Borsellino, cuya semblanza ha trazado, magistralmente por cierto, el rector Monar. Ambos encarnan la valiente determinación de una sociedad europea, la italiana en este caso, de enfrentarse contra quienes pusieron en peligro la libertad.

Me vienen a la memoria aquellas hermosas palabras de Don Quijote a su escudero: "La libertad, amigo Sancho, es uno de los más preciados dones que a los hombres dieron los cielos... Por la libertad, se puede y debe aventurar la vida". Falcone y Borsellino dieron su vida por la defensa de nuestras libertades y derechos fundamentales, sobre los cuales se erige el proyecto de construcción europea. Su sacrificio no fue inútil y el justo homenaje que hoy les rendimos, dos décadas después de su asesinato, es una buena muestra de la admiración que a todos nos suscita su memoria.

Queridos amigos,

Si los derechos fundamentales representan una piedra angular de este gran espacio de libertad que es la Unión Europea, es gracias a que se incardinan en uno de los principios rectores de nuestra democracia: el respeto al Estado de Derecho.

En el espacio político común compartido que representa la Unión Europea, compuesto por países democráticos, todas las ideas son legítimas y todas las convicciones son defendibles, siempre y cuando se promuevan por medios pacíficos y dentro de los cauces de la legalidad. Respetar ese ordenamiento --el Estado de Derecho y las normas de convivencia que nos hemos dado-- es un requisito esencial de la democracia frente al que no caben astucias, ni atajos, ni añagazas.

La Unión Europea es, en palabras del primer presidente de la Comisión Europea, Walter Hallstein, una "comunidad de Derecho", basada en el escrupuloso cumplimiento de la legalidad, tanto europea como nacional; una comunidad de Derecho que va íntimamente unida con la razón de ser del proyecto europeo, que es la integración.

Europa nace para unir a los ciudadanos europeos, para aunar fuerzas y para derribar fronteras. Nace como antídoto frente a las ideologías y movimientos que pretenden separar a personas y erigir nuevas barreras. El mercado interior, la moneda común, la Unión Bancaria, el Espacio de Libertad, Seguridad y Justicia..., todas ellas son iniciativas que buscan superar divisiones y unir a los ciudadanos europeos.

La integración es el signo de los tiempos. Es la única manera que tenemos para garantizar nuestra influencia y fortaleza en este siglo XXI tan complejo que nos ha tocado vivir.

Una Europa presa de nacionalismos secesionistas y excluyentes correría el riesgo de verse diluida y debilitada. No podemos permitir bajo ningún concepto que algo así suceda, ya que el precio que pagaríamos sería demasiado alto y afectaría al fundamento nuclear del proyecto europeo: la integración de los Estados en una comunidad de Derecho y de valores democráticos.

Queridas amigas y amigos,

El pasado mes de mayo se abrió un nuevo ciclo político en Europa con la celebración de las elecciones al Parlamento Europeo. Esta misma semana, ayer, Jean Claude Juncker y la nueva Comisión han obtenido el respaldo mayoritario del Parlamento Europeo y comenzarán su andadura el próximo día 1 de noviembre. Jean Claude Juncker toma el relevo de José Manuel Durao Barroso, que ha sido presidente de la Comisión durante un período de diez años en momentos muy difíciles, en los que ha tenido que afrontar muchos retos. Yo quiero hoy aquí reconocer su labor.

Quiero destacar la renovada legitimidad democrática de la nueva Comisión Europea, introducida por el Tratado de Lisboa: El presidente de la Comisión fue el candidato del partido vencedor de las pasadas elecciones europeas y fue posteriormente designado por el Consejo Europeo. Su investidura se ha producido, así, gracias al acuerdo de los grupos políticos mayoritarios en la Cámara de Estrasburgo.

El próximo día 1 de diciembre proseguirá la renovación de las Instituciones europeas con la asunción por Donald Tusk, ex primer ministro de Polonia, de la Presidencia del Consejo Europeo. Este hecho reviste una importancia histórica: una de nuestras principales instituciones va a ser presidida por un ciudadano polaco. Recordemos que hace tan sólo veinticinco años caía el muro de Berlín y hace tan sólo diez años que la ampliación

de la Unión sellaba un reencuentro histórico entre europeos. Todo ello después de muchas décadas de guerra fría entre bloques.

Tal es el poder de atracción y de integración de nuestro proyecto común; un proyecto construido, en parte, desde la economía y el comercio, pero que es fundamentalmente un proyecto político, sin ninguna duda el más exitoso de nuestra historia común europea, así también percibido más allá de nuestras fronteras comunes.

Permítanme tener un recuerdo muy especial y afectuoso para Herman Van Rompuy, quien pronunció su primera intervención pública como presidente del Consejo Europeo en este mismo Colegio de Europa. En aquella ocasión, Van Rompuy citó unos versos de Shakespeare, aquellos que empiezan afirmando: "Hay una marea en la vida de los hombres, cuya pleamar puede conducirnos a la fortuna...". Pues bien, en estos cinco años, Van Rompuy ha sido el piloto que ha capeado el temporal y ha sabido "aprovechar la corriente", y llevar el barco europeo hacia un puerto seguro.

He mencionado el temporal, por lo que, llegados a este punto, conviene recordar dónde nos encontrábamos hace apenas unos muy pocos años y dónde estamos hoy.

No hace tanto --yo lo he vivido-- se daba por sentada la ruptura de la zona euro y hasta la desaparición de la moneda común. Hoy, sin embargo, puedo afirmar que estamos saliendo de una de las situaciones más complicadas que haya conocido Europa tras la Segunda Guerra Mundial. Es así.

No hace ni tres años --ni tres años-- que muchos juzgaban inevitable la intervención de la economía española y me urgían a solicitarla. No lo hice. No solicité el rescate, porque siempre tuve plena confianza en la capacidad de los españoles para superar la crisis. Los hechos han dado la razón a quienes nunca dudamos de la determinación, capacidad de trabajo y afán de superación de mis conciudadanos, que han dado lo mejor de sí mismos ante la adversidad.

Europa, y con ella España, sufrió más que otros continentes los efectos devastadores de una crisis económica sistémica y global. Ésta nos sorprendió sin los deberes hechos: desequilibrios macroeconómicos, divergencias de productividad y competitividad, ausencia de reformas y carencia de una arquitectura institucional europea adecuada para gestionar los impactos asimétricos de la crisis. Y fue así, en buena parte, por defectos en el diseño de nuestra Unión Económica y Monetaria que la crisis financiera puso de manifiesto con toda su crudeza. Como dijo acertadamente Van Rompuy, "tuvimos que construir los botes salvavidas en medio de la tempestad y en alta mar", y yo añadiría: "y sin manual de instrucciones".

Nos pusimos manos a la obra, trabajando contra reloj y bajo la presión de los mercados, y en apenas tres años hemos avanzado más en la construcción de la gobernanza económica europea que a lo largo de las dos décadas anteriores. Ahí están para atestiguarlo el Pacto Fiscal, la Unión Bancaria y las políticas monetarias del Banco Central Europeo.

Hoy ya nadie duda en el mundo de que el euro ha venido para quedarse y que la eurozona se dirige con paso firme hacia un gobierno económico común.

Dicho esto, hay que decir también que hacen falta más reformas y que podemos llevarlas a cabo otra vez juntos. Tenemos que volver a crecer con vigor y generar una nueva fuente de oportunidades de trabajo para los europeos, especialmente los jóvenes.

Queda todavía mucho por hacer. Debemos avanzar hacia una mayor integración económica, que ha de ir de la mano de una mayor unión fiscal y política. Ésta es la Europa que necesitamos y hacia la que debemos avanzar sin reservas.

La prosperidad y el bienestar de las generaciones presentes y venideras dependen de nuestra determinación política para hacer realidad la Europa a la que aspiramos.

Queridos amigos,

Quiero hablarles ahora de mi país, de España, de cómo ha afrontado la crisis y de cómo se está encaminando hacia la recuperación.

A los desequilibrios económicos que padecía Europa, España añadía un gran apalancamiento financiero de empresas y familias, y, sobre todo, la explosión de una burbuja inmobiliaria, con la consecuencia dramática de la pérdida masiva de puestos de trabajo.

A partir de este inquietante panorama, mi Gobierno acometió con decisión dos tipos de medidas: una consolidación fiscal en plena etapa de recesión económica y una serie de importantes reformas estructurales. Citaré las más importantes: una reforma laboral, un saneamiento y reestructuración del sistema financiero, una reforma del sector energético y otras en materia de unidad de mercado, reforma de la educación, reforma de las administraciones públicas y reforma fiscal, por citarles algunas de las más importantes.

El resultado de este ambicioso proyecto reformista es que, apenas tres años después, contamos con unas cuentas públicas más saneadas, un modelo económico más productivo y competitivo, y una balanza de pagos por cuenta corriente excedentaria. Esto se ha traducido en una larga serie de indicadores económicos positivos: incremento de exportaciones, captación de inversiones extranjeras directas, impulso a la internacionalización empresarial, un excelente comportamiento del sector turístico, la reducción drástica de la prima de riesgo de la deuda española y baja inflación.

El resultado de todo ello es un crecimiento económico sostenido del PIB durante ya cinco trimestres consecutivos y, lo que es más importante, creación neta de puestos de trabajo y reducción de la tasa de paro después de muchos años consecutivos también destruyendo empleo.

Hoy hemos conocido dos buenas noticias en España. Ya se sabe que las noticias siempre más noticias si son malas, pero hoy hemos conocido dos buenas noticias en España. La primera, la información del Banco de España, que ha dicho que la economía española ha crecido el 0,5 por 100 en el tercer trimestre respecto del trimestre anterior. Ese dato hace que mantengamos la confianza en las previsiones que hicimos. El crecimiento económico en España, al menos, se mantiene sólido y, además, está ayudando a crear empleo y ésta es la segunda noticia importante y positiva que hemos conocido en el día de hoy. Hoy hemos conocido los datos de empleo del tercer trimestre. Es el mejor dato de destrucción de desempleo en el tercer trimestre desde que existe la serie histórica en nuestro país. Se ha creado empleo neto y, sobre todo, se ha creado empleo indefinido y en el sector privado.

Siempre he dicho, y repito hoy aquí, que, pese a las incuestionables mejoras logradas por la economía española, no me consideraré satisfecho hasta que se reduzcan sustancialmente las cifras del desempleo, que es la prioridad central de mi Gobierno.

Queda aún mucho por hacer, pero creo que los españoles podemos sentirnos colectivamente orgullosos de lo que hemos conseguido hasta ahora con nuestro esfuerzo y sacrificio. Así lo han reconocido los mercados, las agencias de calificación, los inversores, la Comisión Europea y los organismos financieros internacionales.

Dicho esto, tengo que decir algo más: por mucho que hagamos, nosotros y los demás, el camino hacia el crecimiento y la competitividad no lo podemos recorrer aisladamente. La Unión Europea y sus instituciones deben hacer más, más rápido y más eficazmente para crear un verdadero mercado interior que garantice de manera efectiva la libre circulación de personas, servicios, capitales y mercancías.

Queridos amigos,

Voy a intentar, de una manera sintética, señalar cuáles son los principales objetivos, en mi opinión, para los próximos tiempos en la Unión Europea.

En primer lugar, un mercado interior y, dentro del mercado interior, hoy sólo me voy a referir a un tema, porque es una cuestión que el Consejo Europeo va a abordar en Bruselas en sus reuniones del día de hoy y de mañana: una política energética común para la Unión Europea. Permítanme indicarles que España ha presentado, de cara al debate que mantendrá al efecto este Consejo Europeo, diversas propuestas en esta materia que es una materia capital para la competitividad de nuestras economías.

Esas propuestas parten de las siguientes premisas:

En términos realistas, Europa no puede conseguir una completa independencia energética, no puede, pero sí puede asegurarse un nivel suficiente de suministros a precios asequibles y sostenibles medioambientalmente. Esto ha de hacerse a través de una adecuada combinación de eficacia, diversificación y energías alternativas, en el marco de un genuino mercado interior de la energía. Las ventajas de la diversificación, tanto de fuentes, como de procedencias geográficas y rutas de tránsito, son evidentes y se han puesto de relieve con ocasión de la crisis de Ucrania y del gas. Por tanto, hay que avanzar en la finalización de los corredores energéticos, así como incrementar las capacidades de almacenamiento de reservas estratégicas.

Pero, sobre todo, no hay tiempo que perder a la hora de acometer con determinación una política energética común y un mercado interior único de la energía en Europa, dotado de las interconexiones necesarias entre los Estados miembros.

Se trata de una cuestión de interés vital para la Unión Europea en su conjunto, una verdadera exigencia para la seguridad energética y la competitividad de nuestro continente. Y la clave para ello se encuentra, sin ir más lejos, en nuestra vecindad inmediata: el Mediterráneo meridional.

El Sur, con sus abundantes reservas de gas, puede contribuir a la superación de la dependencia europea del gas del Este y puede ayudar a Europa en un momento decisivo. Pero para que la energía del Sur pueda fluir efectivamente al resto de Europa y compensar eventuales cortes de suministro desde el Este, es necesario impulsar las infraestructuras de interconexión entre la Península Ibérica (España y Portugal) y el resto de Europa.

La Península Ibérica, España y Portugal, puede servir de puente energético entre el Sur y la Unión Europea. Para ello, debe dejar de ser una isla energética y debe desarrollar, con el apoyo decidido de las Instituciones y los socios de la Unión, las interconexiones necesarias. Me atrevo a decir que no hay otra forma más rápida, menos costosa y más eficaz para diversificar las fuentes energéticas e incrementar la seguridad de suministro en Europa.

No se trata sólo de la seguridad energética, sino también de preservar la independencia política de la Unión Europea. Un mercado interior con información y transparencia sería la mejor garantía de un suministro regular, facilitaría las decisiones de inversión, amortiguaría los shocks del mercado mundial y generaría confianza en productores y consumidores.

Mientras no lo logremos, Europa seguirá jugando el partido de la competitividad internacional con una mano atada a la espalda. Depende sólo de nosotros que compitamos con ambas manos libres. A la inteligencia de reconocer los desafíos, hemos de sumar la voluntad para afrontarlos con éxito, por lo que me alegro de la decisión del presidente Juncker de impulsar la creación de una unión energética y hacer de la consecución de un mercado único de la energía una de sus prioridades. En tal empeño contará con el apoyo y el impulso decidido de España.

Segunda prioridad para ahora: el fortalecimiento de los lazos comerciales de la Unión Europea con terceros países y bloques de países. Desde esta perspectiva, reviste una importancia muy particular la negociación del Acuerdo Transatlántico de Comercio e Inversiones entre la Unión Europea y Estados Unidos.

El objetivo es un acuerdo ambicioso y equilibrado en los ámbitos de acceso al mercado, coherencia reglamentaria y reglas globales. Un total de trece millones de puestos de trabajo se deben al comercio y a las inversiones bilaterales a ambos lados del Atlántico.

Sin embargo, el potencial de crecimiento es aún significativo: la estimación de los beneficios anuales del acuerdo para el conjunto de la Unión Europea asciende a 119.000 millones de euros y a 95.000 millones para Estados Unidos. Estas cifras se traducen en un ingreso adicional promedio de 545 euros para una familia europea de cuatro miembros y de 655 euros por familia en Estados Unidos.

Es un desafío y una oportunidad tan evidentes que Europa no debe desaprovecharlas. España apuesta a fondo por un acuerdo sólido y fructífero.

Tercer asunto. Tras la Segunda Guerra Mundial, un ilustre político belga, Paul-Henri Spaak, uno de los artífices de los Tratados de Roma, señaló que "en Europa no había Estados grandes y pequeños: sólo había Estados pequeños, pero algunos aún no se habían dado cuenta de ello".

Lo que entonces era una presunción constituye hoy una evidencia. Por ello, Europa debe convertirse en una especie de poder multiplicador de cada uno de sus Estados miembros. No en vano, se impone cada vez más en los Consejos Europeos una agenda con temas de índole geoestratégica, como será el caso en la sesión que celebramos en Bruselas esta misma tarde. Para ello es necesario que Europa juegue su papel como actor global, lo que implica reflexionar y actuar en términos también globales.

Una de las características de nuestra sociedad globalizada es que el poder se encuentra fragmentado y difuminado por una proliferación de actores no estatales. Estos actores utilizan para la consecución de sus fines las infraestructuras integradas de la globalización.

Como anticipó el profesor Richard Haass, "los Estados-nación han perdido el monopolio del poder, que ahora se encuentra en muchas manos y en muchos lugares". Por eso hoy día resulta difícil encontrar un único patrón que explique la cambiante e impredecible realidad internacional, plagada de incertidumbres pero también de oportunidades.

La globalización no sólo ha transformado el poder; también ha modificado la naturaleza de los retos y las amenazas a nuestra seguridad. Tal es así, que las arterias de nuestra sociedad, como los sistemas de información y comunicación y de suministro de energía, constituyen redes críticas altamente vulnerables.

En suma, las amenazas son complejas y están interconectadas. El terrorismo, las armas de destrucción masiva, el crimen organizado, la ciberdelincuencia, el cambio climático, el subdesarrollo y las pandemias son amenazas que exigen de nosotros respuestas ad hoc que combinen distintas proporciones de medios civiles y militares.

En España hemos vivido una crisis con el primer caso de ébola en la Unión Europea. Hemos reaccionado bien, pero debemos reconocer que el carácter inédito de estas nuevas amenazas nos exige un renovado esfuerzo preventivo y reformista.

La Unión Europea se encuentra bien situada para dar respuesta a tales retos. Dispone de una surtida "caja de herramientas", variadas y flexibles, que combinan mediación, diplomacia, comercio, cooperación al desarrollo, ayuda humanitaria y gestión de crisis mediante misiones civiles y operaciones militares. De hecho, en el mundo hay una creciente demanda de Europa: cuanto más hacemos, más nos piden que hagamos.

En el ámbito de la seguridad, Europa debe contribuir a un orden global multilateral eficaz, basado en el Derecho Internacional y en los valores europeos, en concierto con nuestros aliados y amigos, y, en primer lugar, los Estados Unidos. Así lo hemos reiterado en la Declaración aprobada en la cumbre de la OTAN celebrada recientemente en Gales.

No comparto, pues, la opinión de aquellos que sostienen que el multilateralismo es el sueño de los débiles y que nunca operará como principio rector de las relaciones internacionales, dada su naturaleza supuestamente limitada y circunstancial.

Europa no puede seguir siendo un "consumidor de seguridad", ni delegarla en otros; debe contribuir a generar seguridad mediante decisiones colectivas y hablando con una sola voz. Para ello, debemos reforzar nuestro compromiso con el desarrollo de una Política Común de Seguridad y Defensa eficaz y creíble, tal y como proclamamos en el Consejo Europeo de diciembre del pasado año.

Nuestras democracia, seguridad y prosperidad se juegan su futuro en el Sahel, el Cuerno de África, Oriente Medio o el este de nuestro continente, porque los valores e intereses europeos se defienden también, y sobre todo, allende las fronteras de Europa.

Queridos amigos,

Estas reflexiones me llevan a tratar la cuarta, otra de las cuestiones, a mi juicio, prioritarias de la agenda europea en los próximos años.

En el mundo globalizado que nos ha tocado vivir los flujos migratorios constituyen una necesidad; en particular, para aquellos países que se enfrentan al envejecimiento de la población. No se trata de un desafío exclusivo de países, como el mío, que son frontera exterior de la Unión; es un desafío que afecta por igual a todos los países europeos.

Un espacio compartido, sin fronteras interiores y con una frontera exterior común ha de ser regulado a escala y con recursos europeos. Eso implica una política de inmigración común, que incluya una gestión europea de las fronteras exteriores y una única política de visados, asilo y refugio. Y siempre desde el escrupuloso respeto a todos los inmigrantes. Todo ello ha de ir acompañado de un diálogo con los países de origen y de tránsito; un diálogo complementado con políticas de desarrollo destinadas a elevar el nivel de vida en los países de origen.

Es inevitable que estos procesos de inmigración se sigan produciendo si la gente en su país no puede vivir. Es, lisa y llanamente, inevitable.

El objetivo de España, como país mediterráneo y miembro de la Unión Europea, es la creación de un espacio de prosperidad compartida a ambas orillas del Mediterráneo, mar que no debe separar, sino acercar Europa a África.

Europa se fundamenta, a través de su Política Europea de Vecindad, sobre esta lógica: si a nuestro vecino le va bien, nuestras sociedades también se beneficiarán. Por todo ello, me congratulo por la acertada decisión de Jean-Claude Juncker de crear una cartera específica en el nuevo Colegio de Comisarios encargada de gestionar todos los aspectos relacionados con la inmigración.

Queridas amigas y ya hoy terminando,

He mencionado antes a mi país. Quiero trasladarles una convicción y un compromiso.

España es una de las grandes naciones de nuestro continente, la cuarta economía de la zona euro, uno de los cinco países de la Unión Europea presentes en el G-20 y hace unos días elegido miembro del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para el período 2015-2016. No participamos en la fundación de las Comunidades, pero desde nuestro ingreso en 1986 hemos estado en la vanguardia del proyecto de integración europea. Nos ha ido muy bien: España es el cuarto país del mundo donde más ha crecido la renta per cápita en estos últimos cuarenta años. Por eso me comprometo a mantener este impulso europeísta y reformista, a aportar al acervo europeo nuestras relaciones privilegiadas con Iberoamérica y el Mediterráneo, y a avanzar en el proyecto de integración común.

Permítanme una pequeña reflexión muy personal, animado por el ambiente de confianza que reina entre estos muros.

Se habla mucho de la cuestión de una identidad europea capaz de movilizar la pertenencia y la participación de los ciudadanos europeos en el proyecto común europeo. Dicho debate se enlaza con el de su legitimidad. Personalmente, tengo la convicción de que la identidad europea se asienta sobre una ciudadanía legal y de facto europea; una identidad que, además de construirse sobre un mercado común potente y competitivo, debe hacerse también sobre libros de texto comunes, sobre la enseñanza de la historia de Europa en las escuelas, el reconocimiento de titulaciones académicas o el Programa Erasmus.

Pero también construimos nuestra identidad fomentando la movilidad de las personas, garantizando el reconocimiento de sus derechos laborales y sanitarios allá donde vayan, o proclamando un régimen europeo de derechos civiles que se yuxtaponga a los nacionales. Se trata de crear lazos de pertenencia colectiva no sobre la base de criterios históricos, étnicos, lingüísticos o culturales; estos lazos han de anudarse en torno a la adhesión libre y comprometida de los ciudadanos a una serie de valores y principios que sustentan la democracia y el Estado de Derecho.

Europa debe asentarse sobre una ciudadanía común y democrática; una condición ciudadana que incrementa, de manera palpable, el valor añadido y la utilidad de la Unión en aspectos concretos de la vida cotidiana de los europeos.

Queridas amigas y amigos,

Llegará un día en que ustedes tomarán el testigo de la apasionante aventura de construir una Europa fuerte y unida, provechosa para todos, que responda a sus inquietudes y aspiraciones vitales. Llegará un día en que ustedes darán un nuevo significado al concepto de "lo posible" y aunarán visión y ambición con la capacidad necesaria para alcanzar consensos.

Por ello, quisiera animar a los jóvenes, actores fundamentales del proyecto de construcción europea, a que continúen con su aprendizaje y su formación, sin que decaiga lo más mínimo su espíritu europeísta, porque es Europa lo que van a vivir ustedes a lo largo de su vida. Europa necesita a mujeres y hombres preparados e ilusionados con los valores que la han hecho grande y con capacidad de entusiasmarse para hacer frente, con eficacia y determinación, a los retos del siglo XXI. Son ustedes el capital más valioso de Europa.

Y acabo ya. Si me he extendido más de lo habitual, y pido disculpas por hacerlo, es porque la dimensión del reto europeo merece una profunda reflexión y ésta ha sido la que les, modestamente, ofrezco desde España. Sean muy conscientes de que recae sobre sus hombros una responsabilidad de capital importancia: corresponderá a todos ustedes continuar bregando en las décadas venideras por los ideales de una Europa fuerte, unida, de valores y con voz y voto en la escena internacional.

El futuro de Europa está en sus manos, con lo cual yo estoy muy tranquilo.

Muchas gracias.
